

Nunca confíes en una computadora



Sukaczer, Verónica Claudia
Nunca confíes en una computadora /
Verónica Claudia Sukaczer ; ilustrado por Leonardo Batic.
- 3a ed. - Buenos Aires : Amauta Argentina, 2012.
112 p. : il. ; 20x14 cm.
ISBN 978-987-26232-8-9
1. Narrativa Juvenil . I. Batic, Leonardo, ilustr. II. Título.
CDD 863.928 3

Amauta Argentina S.R.L.
Roosevelt 4550, Buenos Aires
www.e-amauta.com.ar
contacto@e-amauta.com.ar
amauta.argentina@gmail.com

Ilustraciones: Leo Batic
Diseño de colección: Carlos Schlaen
Edición gráfica: Amauta Argentina S.R.L.

©Amauta Argentina S.R.L., 2012

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Verónica Sukaczer

Nunca confíes en una computadora

Ilustraciones de Leo Batic



*Para Gonzalo,
siempre.*

Desde el primer byte.

JAMÁS PODRÉ ALCANZARTE

“Osiris se desconectó de la red”.

De pronto me encontré tecleando sola sobre una pantalla que no respondía a mis preguntas.

“Osiris se desconectó de la red”... no es una forma amable de despedirse. Más bien me daban ganas de tirarle a Osiris la computadora por la cabeza.

Aunque a lo mejor acababa de conocer otra de sus facetas. Después de todo, ¿se puede conocer a fondo a un chico que no tiene rostro, ni voz, ni mirada? Osiris es un alfabeto en mi pantalla. Sé de él que teclea bastante rápido, que no tiene faltas de ortografía y que cuando ríe hace jeje en vez de jaja.

No sé siquiera su nombre verdadero y, la verdad, no me importa. No tenemos tiempo para perder hablando de este mundo real que no nos convence a ninguno de los dos.

No fue muy difícil encontrarnos. Que en la misma red, en la que todos se mostraban con sus nombres reales y sus fotos sonrientes, hubiera un Osiris y una Isis de los que no se sabía más, ya hablaba de predestinación. Y fue en un chat en donde él me hechizó.

“Si me hubieras dicho en Egipto que íbamos a conversar por medio de estas máquinas malditas, te hubiera encerrado para siempre en alguna pirámide” —escribió. Entonces fui su reina.

Desde aquel día nos encontramos a diario. Mamá y papá intentaron convencerme de que está bien conectarse a una red para estar en contacto con los conocidos, pero que de los desconocidos, como siempre, no había que aceptar golosinas ni paseos ni conversaciones virtuales.

Les pregunté qué preferían: que desapareciera de casa todas las noches como tantos jóvenes que se juntan vaya uno a saber con quién para hacer cosas imposibles de contar, o que me quedara tranquila en casa tecleando en una PC. Mis viejos dejaron de molestarme y continuaron pagando la conexión a Internet sin chistar.

Pasaron los meses. Osiris y yo juramos que nunca intentaríamos conocernos en la vida real.

“Se perdería la magia. ¿Qué pasaría si soy un monstruo? —escribía Osiris.

“Se supone que fui tu esposa hace tiempo, ¿acaso hay algo de vos que no conozca?

“Sí. Nunca te lo conté, pero me embalsamaron, me disfrazaron de momia y después me morfaron las pollas. No quiero que me veas en ese estado”.

Tenía razón. Si nos veíamos, ya nunca podríamos conversar de esa manera. Con esa magia...

El día después de “Osiris se desconectó de la red” ingresé al sitio web a la hora en que lo hacía siempre,



esperando encontrar una disculpa de Osiris por irse sin saludar. Pero nada.

Me quedé dos horas mirando la pantalla del chat, vacía.

Lo mismo sucedió los días siguientes.

A la semana llamé a un conocido que trabajaba como monitor de la red, vigilando que nadie agrediera a nadie o dejara mensajes ofensivos. Le pregunté si sabía algo de mi amigo. Me pidió unos días para investigar.

—Osiris llama todos los días, pero bastante tarde, a eso de las tres o cuatro de la mañana —me explicó unos días después.

—No entiendo entonces por qué no me deja un mensaje. ¿No sabés nada?

—No... pero ahora que me lo decís, a mí también me resulta extraño su comportamiento. Entra a la madrugada y se pasea a lo loco por todo el sistema, pero no se engancha con nada. No juega, no escribe, no conversa con nadie... Si querés te averiguo qué le pasa.

—No, no te preocupes. Voy a entrar a esa hora y hablo con él.

Ese día di vueltas hasta las dos y media, y recién entonces me conecté a la red. Si por alguna razón Osiris había decidido ignorarme, se iba a llevar una sorpresa.

A las tres y cuarto, entre mis contactos vi su nombre.

Le envié un mensaje invitándolo a chatear, pero no me respondió. Era cierto lo que me habían contado. Osiris se pasaba de los juegos al correo electrónico, y de ahí a

los grupos como si estuviera borracho y caminara de un lado a otro sin saber a dónde ir. Lo llamé una y otra vez, pero no respondió.

Le seguí el juego algunas noches. Me di cuenta de que cuando yo me conectaba a la red, se tranquilizaba un poco. Se quedaba en los juegos o en los grupos, sin escribir nada, pero aunque sea no andaba saltando de un lado a otro.

Cada vez entendía menos qué pasaba.

Osiris terminó por trastornar mi vida. Perdí la noción del tiempo. Dormía durante el día, no estudiaba, no conversaba con nadie. Había perdido el interés por todo lo que no fuera Osiris.

Mi vida comenzaba a las tres de la mañana, cuando ingresaba a la red, y terminaba cuando me desconectaba. Osiris siempre estaba allí. Yo lo sentía aunque no pudiera verlo. Y probé de todo para que me respondiera. Me enojé, le rogué... Pensé que quizás fuera un problema de la computadora y que él, cada noche, intentaba arreglarla sin lograrlo.

—Osiris, si me lees, apretá la a.

—a.

Mi corazón explotó, las manos me temblaban.

—¿Tenés problemas con tu computadora?, respondeme sí o no.

—No.

—Entonces, ¿qué pasa?, ¿te pasa algo a vos? Respondeme sí o no.

—Sí.

—¿Me querés contar qué te pasa? Quizás pueda ayudarte.

—...

Nada. Otra vez enloqueció y empezó a saltar por la red como si estuviera en una habitación y se lanzara a rebotar contra las paredes.

No logré que volviera a responderme pero, aunque sea, ya sabía que me leía y que podía leerlo.

Con el tiempo pudimos comunicarnos casi como antes. Hablábamos por horas, aunque seguía evadiendo mis preguntas sobre sus problemas. Así que yo también terminé por olvidar que ya no era el mismo de antes y amé otra vez cada una de sus palabras, cada uno de sus silencios.

El Osiris de ahora era más comprensivo pero más cerrado. Prefería que yo le contara sobre mí. Me escuchaba por horas y me respondía siempre con la palabra adecuada. De pronto se había convertido en un filósofo que parecía saber demasiado de la vida, como aquellos que han vivido demasiado.

Un día descubrí que lo único que me importaba era lo que estaba más allá de la pantalla, en ese mundo que no existe en ningún lugar.

—Necesito conocerte. En la vida real. Si no, me voy a volver loca —le escribí.

—No puedo...

—¿No podés o no querés?

—¿Cuál es la diferencia?

—Osiris... sabías que esto iba a pasar. A mí ya no

me alcanza. Te necesito. Necesito conocer tu cara, tu voz, ¿acaso tenés miedo? No hay persona en el mundo que me conozca más que vos, que me comprenda más que vos. ¿Creés que me va a importar si sos lindo o feo, flaco o gordo?

—En serio, no puedo. Digamos que la vida real no está hecha para mí.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Seguimos por los siglos de los siglos comunicándonos así?

—Tal como lo hicimos siempre. Si cruzamos tiempo y espacio para caer en este aparato diabólico, por qué no continuar en él, o acaso, mi reina, ¿quieres salvarte de la maldición que nos persigue? Esa que dice que jamás podré alcanzarte... esa que dice que jamás me alcanzarás.

—¡No estoy para juegos!

“Isis se desconectó de la red”.

Esta vez fui yo la que se fue.

Pero él me buscó y no pude resistirme y todo volvió a comenzar.

Por fin comencé a sospechar... Quizás era realmente un monstruo, un engendro de la naturaleza, y el mundo virtual era el único que podía contenerlo.

Quizás era un chico de diez años que escribía muy bien. Quizás un anciano de ochenta que extrañaba su juventud.

Me desesperé. Había estado mucho tiempo amando a un extraño. Necesitaba buscarlo. Verle la cara. Saber dónde vivía.

Así que llamé a Juan, un hacker del tercer mundo, que pasaba su tiempo libre tratando de descubrir las claves secretas de todos los usuarios de la red, y le propuse un desafío: hallar el acceso al perfil privado de Osiris.

Diez días más tarde encontré en mi correo electrónico un mensaje de Juan.

“¡Eureka! Estuve a punto de ser descubierta, pero lo logré”. Y me pasaba los datos de Osiris, que en realidad se llamaba Tobías, su dirección y teléfono. “Eso es todo, nena. Ahora voy a pensar cómo cobrarte”.

Al momento quise llamar a Osiris, pero sabía que no le iba a gustar ni medio. Así que decidí ir hasta la casa y esperar a que saliera.

Al día siguiente le pedí prestado el auto a papá y me acomodé frente a su domicilio. Era una casa, más fácil todavía. Me sentía como los policías de las películas yankees. Solo me faltaba el termo con café y las rosquillas.

Estuve desde las siete de la tarde hasta las tres de la mañana, y en todo ese tiempo solo salió una señora, supuestamente su mamá. Fue a hacer las compras y regresó a las dos horas. A las ocho entró un señor, supuestamente su papá, y no hubo más movimiento durante el día.

No entendía... Hice guardia en la puerta de su casa otros dos días. Y nunca lo vi, salvo que quien me hablara fuera alguno de esos adultos, o que el verdadero Osiris no viviera ahí, o que fuera invisible.

A esta altura, ya no sabía nada.

Esos días igual entré a la red a la madrugada, y siempre encontraba a Osiris esperándome con alguna frase graciosa.

Me enojé, como nunca me había enojado en mi vida. Me enojé conmigo misma por haberme dejado engañar. Me enojé por amarlo tanto...

Así que, sin pensarlo, volví a su casa y toqué el timbre.

Me atendió la señora de las compras.

—¿Sí?

—¿Está Tobías, por favor?

Se hizo un silencio incómodo. La mujer me miró desconcertada, y de pronto se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Perdón... —agregué—, no quiero molestar, Tobías y yo nos conectamos a la misma red y...

—Mi hijo falleció... hace un par de meses...

Me tambaleé, perdí la noción de todo de mí del tiempo de los ruidos de la calle.

Guiada por la mujer entré a la casa y me senté. Ella esperaba. Me ofreció un vaso de agua que rechacé porque no podía tragar. Yo sabía que todo era un error. Había hablado con Osiris, con Tobías, con quien fuera, la noche anterior. Me di cuenta. Me levanté y le dije a la mujer que lamentaba lo de su hijo, pero que me había confundido de persona.

Pero ahora la mujer necesitaba hablar y yo había caído en su trampa.

—Mi Tobías... mi tesoro... él también se conectaba ahí a donde vos decís, quizás lo conocías... —dijo sin esperar respuesta—. Supongo que tendría que haber avisado a esa